

La calle

Jueves 28 de abril de 2005

Diario de un espectador

¡Ora si se puso bueno!

por miguel ángel granados chapa

Ocurrió hace muchos años. En una esquina céntrica, cerca de la Alameda capitalina, una noche chocaron dos vehículos. Los tripulantes de ambos habían cometido errores, que al sumarse provocaron la colisión: uno pretendió dar vuelta en lugar prohibido, otro "se pasó el alto", como decimos cuando alguien ignora que ante la luz roja del semáforo debe detenerse.

Era difícil determinar, por ambas infracciones, quién debía responsabilizarse de los daños. Apenas descendían los manejadores a revisar lo ocurrido e increpar al tonto que no se había conducido con acierto, cuando de la nada brotó una patrulla. Uno de sus tripulantes bajó del vehículo policiaco. Se frotaba las manos, no sólo porque era invierno y la noche enfriaba, sino porque la calidad de los vehículos permitía augurar capacidad financiera para llegar a un arreglo, no entre los chocantes --los que chocaron-- sino entre ellos y la autoridad, dignamente representada por el policía que se acercó a los protagonistas del suceso.

Ambos eran, como se decía entonces, influyentazos. Lo mostraron al exhibir no sus licencias de manejo, documento que les fue requerido, sino las credenciales que denotaban su fuerte presencia en la sociedad. Uno era funcionario de la procuración de justicia capitalina, jefe de peritos quizá. El otro era periodista, miembro de la redacción del diario más importante en aquella lejana época. Al ver las credenciales, el agente policiaco exclamó ¡ora sí se puso bueno!. Y tras el dictamen sucintamente expresado así, sobre el enfrentamiento de dos poderosos, en vez de quedar en el conflicto de congraciarse con uno y malquistarse con el otro, simplemente desapareció. Dejó a los chocantes arreglarse como pudieran.

La misma exclamación proferimos el martes por la noche cuando oímos a Javier Alatorre, el gritón conductor de Hechos de TV Azteca, leer una comunicación atribuida al secretario de Hacienda. Si efectivamente la había entregado Francisco Gil a Jorge Mendoza, vicepresidente de la televisora del Ajusco o si en esa empresa habían incurrido en el atrevimiento de inventarla, el hecho era formidable, porque revelaba un enfrentamiento de poder a poder. No una reyerta de barriada entre dos muchachos pendencieros, sino una batalla con equipos blindados.

Ya se anticipaba que algo fuerte iba a ocurrir esa noche. Desde el fin de semana en los cortes de los programas más vistos de TV Azteca, y aun con anuncios en prensa, se había prevenido al público para que no se perdiera una emisión especial del programa

Mitos y hechos, conducido por Lily Téllez. Se iba a presentar allí una investigación especial sobre Banamex, secuencia de otras emisiones dedicadas a la purulenta operación de rescate bancario que se resume en la palabra Fobaproa.

Hasta ahora, ese fideicomiso que benefició a particulares ricos con dinero de contribuyentes pobres había tenido un único y bravo adversario, Andrés Manuel López Obrador, que en 1999, cuando presidía el Partido de la Revolución Democrática, emprendió una campaña con ese abuso que lastimó a los mexicanos. Pero ahora, sorprendentemente, en el otro flanco del arcón político, desde uno de los nidos del poder financiero y mediático, surgió un nuevo y poderoso --esperemos que no tardó, calculadamente tardó-- embate contra el Fobaproa, al que la voz popular que conoció su significado llama Robaproa.

Según leyó Alatorre, Gil pidió a Mendoza, entre otras muchas cosas a las que tal vez nos refiramos en otra ocasión, evitar la transmisión del programa sobre Banamex. Resultó contraproducente haberlo solicitado, porque la emisión se repitió anoche, el miércoles, después del noticiario conducido por Alatorre, y seguramente su público creció como suele ocurrir con los espectáculos que se busca silenciar, que se busca prohibir.